

SAN JUAN DE SAHAGÚN APÓSTOL DE SALAMANCA

San Juan de Sahagún no es un santo del que abunde la documentación. No se conservan papeles autobiográficos, sus escritos se han perdido y tampoco los testimonios contemporáneos son abundantes. Pero, sin ser copiosa, es suficiente para trazar su trayectoria biográfica y perfilar su fisonomía espiritual. Casi toda ella procede de la pluma de Juan de Sevilla, que ingresó en el convento agustino de Salamanca en 1482, a los tres años de la muerte del santo, cuando todavía la memoria de sus virtudes impregnaba sus claustros.

Elegido prior del convento en 1487 y admirado del concurso de gente que acudía a su sepulcro y de los prodigios que en él se operaban, se propuso legar a la posteridad una memoria lo más completa posible del santo fraile. Dio forma jurídica a muchos prodigios, recogió testimonios de religiosos que habían convivido con él y se entrevistó con sus hermanos carnales. Luego ordenó sus datos y hacia el 1513 vertió la mayoría de ellos en una biografía dedicada al Gran Capitán. Es un relato de pocas páginas y sin pretensiones literarias, pero adornado con el sello de la espontaneidad y verdad. No hay en ella exageración alguna e incluso los milagros son narrados con sencillez y sólo tras las debidas comprobaciones. Otros datos sirvieron para el proceso de canonización y para los biógrafos futuros: Alonso de Orozco (1551, 1570), Agustín Antolínez (1605) y Tomás Cámara (1891).

Desde la infancia hasta la muerte toda su vida apunta hacia Dios y está marcada por un fuerte sentido del deber, una briosá rectitud moral, una cierta tendencia al retiro y una clara vocación apostólica. Podemos seccionarla en tres tramos. El primero abarca sus primeros años, desde la cuna hasta la ordenación sacerdotal (1430-53); el segunda, sus 10 años de presbítero secular (1453-63); y el tercero, los 16 años que vistió el hábito agustino (1463-79).

La forja del carácter, 1430-1453

Juan González Martínez nació en Sahagún, en tierras de León, a la sombra de la célebre abadía benedictina. Fue el primer hijo del matrimonio formado por Juan González de Castrillo y Sancha Martínez. Tras él llegaron otros seis hermanos. Uno de ellos, Martín de Castrillo, regidor de Valladolid, suministró al padre Sevilla cuantos detalles sabemos sobre su familia y su infancia; otro, Hernando de Castrillo, ingresó en la abadía benedictina y fue nombrado obispo de Granada (1473-79), cuando ésta todavía estaba en poder de los musulmanes. Las tres hermanas contrajeron matrimonio y aparecen de vez en cuando en la vida de nuestro santo.

Los padres, con suficientes bienes de fortuna, cuidaron la educación de su primogénito sin violentar nunca sus inclinaciones al estado clerical. La escuela abacial

del pueblo facilitó sus planes. En ella cursó las primeras letras y luego los estudios secundarios y quizá también una parte de los de filosofía y teología. Para sufragarlos el padre le consiguió un beneficio con cura de almas en el vecino pueblo de Codornillos. Con una parte de sus frutos mantendría a un capellán que cumpliera con las obligaciones pastorales y con la otra costearía los estudios de su hijo. La práctica era muy común y estaba admitida en el derecho de la época. Pero no gozó nunca del favor de los eclesiásticos más celosos. El joven Juan tampoco la veía con buenos ojos y apenas llegó a la edad del discernimiento - “habiendo edad competente y sin tener órdenes” -, se deshizo de él. A las protestas de su padre respondió con un seco recurso a las razones de su conciencia: “Ahora, señor, dejadme, que yo sé lo que hago, que no quiero cosa con cargo” .

Este primer lance de su vida nos permite echar una mirada a su conciencia y descubrir en ella un sentido del deber así como una exquisita sensibilidad social y un voluntad firme que no se doblaba ni ante costumbres ni ante presiones familiares.

Por consejo de su tío Juan Alonso, que había asistido a la controversia, la familia decidió enviarlo a Burgos, cabe el obispo de la ciudad. Era entonces obispo de la ciudad castellana Alonso de Cartagena (1385-56), uno de los más preclaros varones de Castilla, en frase de Hernando del Pulgar, bien conocido por su ciencia y su piedad. En su casa encontraría el ambiente que buscaba su conciencia.

No consta ni la fecha ni las circunstancias en que maduró esa decisión. Pero tanto la lógica como el desarrollo de los acontecimientos sugieren la existencia de algún vínculo entre la familia y el obispo. De hecho éste acogió a Juan en su familia, le colmó de honores y le distinguió con su afecto. Lo “recibió” , escribe Juan de Sevilla, “con muy buena voluntad, oyendo sus virtudes y manera de vivir y teníalo consigo y amábalo mucho y rezaba con él, y hacíale mucha honra” . La fecha no debía de estar muy lejos del año 1450, cuando Juan frisaba en los 20 años.

Juan residió en el palacio episcopal en calidad de paje y en él prosiguió su formación académica y espiritual hasta que su mecenas le ordenó de sacerdote y le asoció al ministerio pastoral. A la vez le aseguró su porvenir con pingües beneficios. Pero Juan, a disgusto con esos beneficios e insatisfecho del tráfico del palacio episcopal, no tardó en pedirle “licencia para se recoger a algún lugar, donde más pudiese servir a Dios” . El obispo, atribuyendo su solicitud a razones económicas, trató de disuadirle con la promesa de la primera canonjía que vacara en la catedral. Pero apenas se percató de la causa que le movía a apartarse del palacio, le concedió una capellanía en la iglesia de Santa Gadea, cercana a la catedral.

Sacerdote del Señor, ¿1453?-1463

Tampoco la fecha de su ordenación sacerdotal es segura. Probablemente haya que colocarla alrededor del año 1454, en que Juan cumplió los 23 años de edad. De todos modos tuvo lugar antes del año 1456, ya que su protector murió el 22 de julio

de ese año, y para entonces el santo era sacerdote y llevaba ya algunos meses en Santa Gadea.

Aquí distribuyó su vida entre la atención a su capellanía, el estudio y la predicación. Por el padre Sevilla sabemos que ésta era del agrado de la población: “tenía gracia en predicar, que todos holgaban de le oír, [e] iba a su predicación toda la ciudad”. El estudio era una exigencia de su ministerio. En mayo de 1456 no duda en desembolsar mil maravedíes para comprar a los dominicos de la ciudad la *Suma Bartolina*, un tratado de moral en forma de diccionario compuesto un siglo antes por Bartolomé de Pisa. El deseo de perfeccionar su formación le empujará muy pronto a trocar Burgos por Salamanca. “Determinó de se ir a Salamanca al estudio, y así lo puso luego por obra” a mediados de 1457. El 17 de febrero continuaba en Burgos, como se deduce de la glosa que dedicó ese día a la salida de los reyes de la ciudad castellana. El 20 de enero de 1458 ya era estudiante de derecho canónico en Salamanca.

Sus primeros pasos en Salamanca permanecen envueltos en tinieblas. Sólo se sabe que en octubre se inscribió en la facultad de derecho y que combinaba el estudio con la predicación. Un sermón, predicado en la iglesia de San Sebastián el día 20 de enero de 1458, le abrió las puertas del célebre colegio de San Bartolomé. Su unción agradó tanto al rector que inmediatamente le ofreció una plaza de capellán interno con la obligación de bendecir la mesa y celebrar la misa a los colegiales a tercer día. Durante unos tres años residió en el colegio, donde encontró alojamiento gratuito, una buena biblioteca y atmósfera de estudio. Las tradiciones del colegio aluden a las virtudes del joven capellán, a su celo y a algunos prodigios. En una ocasión en que se le echó la noche encima antes de recitar el breviario, vino en su ayuda un ciprés luminoso.

Antes de terminar los estudios, y sin que nos conste el por qué, abandonó el colegio y se trasladó a vivir a la casa del canónigo Pedro Sánchez. Poco después fue nombrado predicador oficial de la ciudad con la paga de 3.000 maravedíes anuales. Este nombramiento parece indicar que no había abandonado el púlpito y que quizá salió de San Bartolomé para poder dedicarse a él con más libertad y asiduidad. Quizá también influyera su deseo de abrazar una vida más pobre y penitente. Según los testigos del proceso en su nueva residencia conjugó el celo apostólico con el recogimiento, la oración prolongada y una austeridad de vida.

Fraile agustino 1463-1479

A fines del 1462 o principios del 1463 cayó enfermo, quizá a consecuencia de su austero género de vida, y tuvo que someterse a una operación. En el apuro que en aquellos siglos suponía toda operación, Juan acudió a Dios y le prometió que, si curaba, se haría religioso. La operación resultó bien y Juan no tardó en cumplir su voto. El 28 de junio del año 1463 vestía el hábito agustino en el célebre convento de

San Agustín. En su decisión no dejaría de influir la antigua aspiración a una vida de mayor recogimiento. Según Sevilla, “estaba deseoso de tomar estado de mayor perfección, donde más y mejor pudiese servir a Dios, y ejercer la predicación [y], llamado por Dios a cosas mayores, determinó tomar religión y hábito de N.P.S. Agustín” . Desde su incorporación a la congregación observante de Castilla (1454) el convento había acertado a conciliar la actividad apostólica con el retiro, la pobreza y la vida común. Durante el noviciado estuvo encargado de preparar el refectorio de la comunidad, a pesar de que sus cuatro compañeros eran mucho más jóvenes que él. En el siglo XVIII todavía se conservaba la cuba de la que sacaba el vino para la comunidad. El día 28 de agosto de 1464, festividad de san Agustín, se incorporó definitivamente a la orden por medio de la profesión solemne.

Entraba así en la tercera fase de su vida. En ella alternará la predicación, que continuó siendo su principal tarea, con el servicio a la comunidad. Durante cuatro años fue prior del convento salmantino (1471-73 y 1477-79), que era el principal de la orden en España, y desde 1465 hasta su muerte fue siempre, sin interrupción, consejero del vicario de la congregación. Con todo, no parece que participara de lleno en la vida interna del convento. Su firma no aparece ni en las profesiones que tuvieron lugar durante su segundo priorato ni en ninguna de las 20 escrituras examinadas por el padre Vidal a mediados del siglo XVIII.

El ministerio pastoral absorbía la mayor parte de su tiempo. “Su oficio”, escribe Sevilla, “no era otro salvo visitar a las personas viudas e menesterosas e a los enfermos, e a los que padecían menguas e aflicciones, a los cuales consolaba con palabras muy dulces e sabrosas, e andaba por la ciudad importunando a los que podían, que les hiciesen limosnas e así los remediaba en sus necesidades e menguas e aflicciones que padecían. E las fiestas y domingos visitaba los hospitales y las casas de los pobres e demandaba limosna para ellos, e así los remediaba e consolaba” .

Pero de nuevo iba a ser el púlpito su principal instrumento apostólico. Al poco de su profesión el asesinato de dos nobles, Pedro y Luis Monroy, por los hermanos Manzano desencadenó una serie de venganzas que mantendrá en jaque perpetuo a la ciudad durante más de diez años. Salamanca quedó convertida en campo de batalla. “Todo es armas, todo espantos,/ afrentas, voces, injurias,/ venganzas, asombros, furias,/ heridas, muertes y llantos./ Tratan ocultas celadas/, heridas, muertes menguas/, las mujeres con las lenguas/, los hombres con las espadas” , cantará el poeta Julián Armendáriz a principios del siglo XVII. La intervención de Enrique IV (28.3.1465) cayó en el vacío.

Nuestro santo asiste desconsolado al espectáculo, llora los crímenes, la desolación, el odio que devora los corazones y se consagra de cuerpo y alma a la tarea de devolver la paz a los corazones y a las calles de la ciudad. Reza, se macera, truena desde el púlpito y desde las plazas, recorre las calles y visita las

casas. Todo parece caer en el vacío. Pero al fin torna la paz. El 30 de septiembre de 1476 las principales familias de la ciudad (22) deciden poner fin a las hostilidades: “deseando el bien e paz e sosiego una de esta ciudad e por quitar escándalos, ruidos e peleas e otros males e daños dentro nosotros e por nos ayudar a faser buenas obras unos a otros, queremos y prometemos de ser todos de una parentela e verdadera amistad e conformidad a unión” . Era la paz, en la que tanto había influido el estorbador de los bandos.

En el púlpito se comportó siempre con libertad evangélica. No le temblaba la voz a la hora de denunciar abusos, atropellos o demasías de los nobles ni a la de estigmatizar las liviandades de ciertas señoras. “Osaba decir en los tiempos y lugares que convenía, y guardando las circunstancias que convienen a los predicadores, en tal manera que no temía muertes ni amenazas” , dice su primer biógrafo. Y él mismo insiste en la misma idea ante el mismísimo duque de Alba que le reprochaba la dureza de uno de sus sermones: “Señor, yo ¿por qué subo en el púlpito o por qué me pongo a predicar? ¿Por decir la verdad o por decir lisonjas e complacer a los oyentes? Sepa V.S. que al predicador conviene hablar la verdad e morir por ella e reprehender los vicios, ensalzar las virtudes” .

Esta libertad le ocasionó disgustos, atentados y quizá hasta la muerte. El duque de Alba planeará su muerte; los señores de Ledesma le expulsarán violentamente de la villa; y por fin, una señora despechada porque los sermones del santo la habían privado de su amante, le amenazará con la muerte. A los pocos meses de la amenaza, el día 11 de junio de 1479, moría todo reseco, consumido, al parecer, por un veneno de acción lenta, que se le introducía a diario en su comida. “Esto afirmo ser así” , escribe Juan de Sevilla, “porque oí decir a muchos que habían oído a una persona, cuyos vicios él perseguía, que juraba a tal que ella haría que no cumpliese el año. Y así fue, que murió secándose todo, con tales señales que todos afirmaban que le habían dado con que muriese” .

Su vida espiritual descansaba sobre un trípode hecho de ascesis, caridad y una tierna devoción a la Eucaristía. La primera aparece en su austeridad en el comer y el vestir, en el dominio de sí mismo -“No se hallará persona que de él diga que le vio alterado e mostrar una sola impaciencia” - y de los afectos familiares, en la obediencia ciega al superior... La segunda fue la llama que alimentaba a diario su predicación, le hacía correr al lado de los enfermos y necesitados y le arrancaba el perdón incondicional a sus enemigos. Llegó a pedir limosna por quien le había asaltado en el camino. La celebración de la misa, en la que se demoraba largamente con la consiguiente impaciencia de los monaguillos, era el centro de su vida. En ella, según propia confesión, el Señor le regalaba con dones especiales y a menudo se le manifestaba visiblemente. Para su celebración se preparaba siempre con el sacramento de la confesión que también solía recibir a diario antes de acostarse.

Era “estrecho de conciencia” tanto consigo mismo como con los demás: “es notorio por información de aquellos que se confesaron con él, que son sin número e hoy en día lo manifiestan, que era muy recto e muy estrecho de conciencia” .

Culto

La fama de santidad que le había rodeado de vivo aumentó con la muerte. Y así mismo, los prodigios. De algunos realizados en vida todavía subsisten rastros en la toponimia de la ciudad. Tras la muerte la gente siguió acudiendo a su sepulcro en demanda de socorro, y los prodigios fueron en aumento, sobre todo a partir de 1488. La comunidad agustina se sintió obligada a recogerlos -en 1551 san Alonso de Orozco habla de 200- y a fijar por escrito su vida, así como a trasladar su cuerpo a un emplazamiento más digno y a iniciar un largo proceso que condujo a su glorificación pública en 1601 y a su canonización en 1690. Su fiesta se celebra el 12 de junio, al día siguiente de su muerte.

El 8 de junio de 1602 Salamanca le votó por patrón de la ciudad y en 1868 Pío IX lo declaró patrón único de la ciudad. Desde la supresión del convento agustino en 1835, sus reliquias reposan, custodiadas en una urna de plata, en la catedral de Salamanca. Los artistas suelen representarlo con el sacramento de la eucaristía en una mano o contemplando la Sagrada Hostia transformada en el mismo Jesucristo.

Bibliografía

Juan de SEVILLA, “Vida del santo fray Juan de Sahagún” : Tomás de HERRERA, *Historia del convento de San Agustín de Salamanca*, Madrid 1652, pp. 57-72; Alonso de OROZCO, *Libro de la vida del bienaventurado P. Fr. Juan de Sahagún*, ca. 1570: VIDAL, *Agustinos de Salamanca 1*, Valladolid 1751, 51ss; A. ANTOLÍNEZ, *Vida de S. Joan de Sahagún*, Salamanca 1605; Tomás CÁMARA, *Vida de san Juan de Sahagún*, Salamanca 1891; L. CAMBLOR, *San Juan de Sahagún. Su prodigiosa vida y extraordinarios milagros*, El Escorial 1962; José Manuel BENGUA, *Juan de Sahagún. Sembrador de paz*, Marcilla (Navarra) 1991.

Ángel Martínez Cuesta